

tio á cuyos lados se alzan los invernaderos de naranjos y las caballerizas, luego un foso de agua corriente, el puente, el patio y el castillo. Los pabellones de las alas elevan al aire sus grandes coronamientos, flanqueados de altas chimeneas; la arquitectura de esta parte es de líneas sencillas, sin adornos, sin capricho, de aspecto razonado y digno. En la otra fachada, del lado del jardín, forma saledizo, en el centro del edificio, una rotunda que termina en una pesada cúpula; y á lo largo de la misma extiéndese una terraza, con una balaustrada, para que, apoyado en ella, pueda el espectador contemplar el cuadro que el artista en jardines dibujó en la naturaleza. La gran alameda hállase cortada en el centro por otra y en el punto en que se cruzan hay un gran estanque; varias alamedas laterales corresponden á la grande, y entre estas líneas están situados, formando juego, los rectángulos de césped ó de flores y las circunferencias de los estanques. A la entrada de los céspedes, en medio de éstos, en las encrucijadas y en las alamedas alternan la estatua y el jarrón de mármol. El cuadro tiene por marco á derecha é izquierda setos de carpes que sirven de valla á los boscajes, y en el fondo una terraza, al otro lado de la cual se ve brillar la línea recta de un canal y detrás de éste extiéndese el espacio libre hasta perderse en el horizonte.

El castillo fué construído por Luis Le Vau y el jardín dibujado por Le Notre; Le Brun pintó en las habitaciones soberbias alegorías, en las que hizo al superintendente los honores del Olimpo, y dirigió una fábrica de tapices de altos lizos, establecida en Maincy, cerca de Vaux; Miguel Auger y Puget, escultores, también trabajaron para Fouquet, y Poussin envió desde Roma Termas esculpidas según sus modelos. Vaux-le-Vicomte fué, pues, la obra común de los grandes artistas de Francia.

Fouquet fué uno de los mayores «aficionados» del siglo XVII, *omnium curiositatum indagator*, «buscador de todas las curiosidades», como ha dicho uno de sus pagnegiristas; y le gustaban los cuadros, las medallas y las estatuas antiguas y modernas, los bustos de mármol ó de jaspe puestos sobre pedestales, los sarcófagos policromos de Egipto, los libros de toda clase ricamente encuadernados (alcoranes, talmudes, obras de los rabinos y de los antiguos intérpretes de la Biblia, historias de todos los Estados, tratados de medicina, de derecho, de historia natural y de matemáticas), los manuscritos hallados en lejanos países, las piedras finas grabadas, las turquesas, las esmeraldas, los rubíes y los diamantes, las cadenas de oro y de perlas, las miniaturas con marco de diamantes, los relojes con caja de oro que señalaban los movimientos del sol y de la luna, los días y las semanas; los libros de hojas de pergamino con tapas de oro caladas y esmaltadas y con lomos y broches adornados de diamantes, los servicios de mesa de plata y de oro macizo, los ornamentos de iglesia de plata sobredorada, los grandes tapices de Ruán, de Bérgamo y de Flandes en que se reproducían las escenas piadosas del Antiguo y del Nuevo Testamento y las escenas profanas de la mitología de los paganos, las alfombras de Turquía y de Persia tejidas de oro, las tapicerías de Damasco, de cuero dorado y de brocatel de Venecia, los espejos de plata, los lustros y las girándulas de cristal de roca, las mesas de maderas preciosas,

de estaño, de cobre, de mármol, de pórfido, las sillas y los sillones forrados de felpa de China ó de tapicerías de todos los países, las sillas caladas cubiertas de terciopelo verde con franjas de oro y de plata, los juegos de cama de brocado con fondo de plata con pasamanería de oro sembrada de flores de todos colores, las plantas de Italia y de Oriente, las largas hileras de naranjos y las terrazas en donde ostentaba sus matices el tulipán de Holanda. Todas estas maravillas estaban reunidas en Saint-Mandé y en Vaux-le-Vicomte; el inventario del castillo de Vaux parece una página de *Las mil y una Noches*.

Todo el mundo quería visitar Vaux y toda persona de viso encontraba allí cubierto en las mesas ó, si la concurrencia era muy numerosa, podía comer de pie junto á los aparadores. En los armarios se guardaban quinientas docenas de platos y treinta y seis docenas de fuentes de plata, y la vajilla de oro de los días de gala. El principal funcionario de la cocina era Vatel.

El superintendente protegía las letras lo mismo que las artes. Llevó de nuevo al teatro á Corneille, quien, después que hubo sido aplaudido el *Edipo*, dijo á su Musa:

Alza tu vuelo hasta ese gran genio.

Scarrón le daba las gracias por generosidades que no había deseado:

... El siglo dichoso en que vivimos
á ningún otro cede en dar grandes hombres,
nos da el grande, el generoso Fouquet.

La Fontaine le pagaba un tributo trimestral de poesías:

Esta moneda es sin duda ligera,
y al presente pocos saben apreciarla;
pero es un caudal que no puede agotarse.
¡Pluguiera á los destinos amigos de este imperio
que pudiera decirse lo mismo del Ahorro!

Multitud de libros fueron dedicados á Fouquet, que fué el Mecenas de Francia durante la infancia de Augusto.

El superintendente había puesto en su blasón, en donde trepaba una ardilla (*fouquet*), la divisa famosa: «*Quo non ascendet?* ¿Adónde no subirá?» Su ambición, en efecto, subía sin cesar. Su hija mayor se casó con el marqués de Charost, Armando de Bethune, sobrino segundo de Sully; su hermano mayor fué arzobispo de Narbona; otro hermano, canciller de las órdenes del rey, otro caballero mayor de la Pequeña Caballeriza. Aumentaba de día en día su clientela ayudando á éste y á aquél á pagar sus cargos y hasta la reina madre le debió favores. Al mismo tiempo insinuábase en todos los negocios de Estado, quería «tener hábitos en todas partes.» El juego no dejaba de ser peligroso y Fouquet en ciertos momentos sentía inquietudes, pues sabía que le vigilaba de cerca un servidor del cardenal, Colbert. Sus disputas con Mazarino eran frecuentes, porque las exigencias del cardenal, en cuanto olía dinero fresco, se hacían insoportables. Fouquet había tomado sus precauciones contra una posible desgracia, y redactado y retocado en varias ocasiones un proyecto de guerra civil defensiva, en la que Belle-Isle-en-Mer, que había

comprado en 1658, había de ser la fortaleza de la resistencia; pero pronto se tranquilizaba y el tono altanero de sus cartas al cardenal demuestra que no temía al hombre cuyas concusiones conocía mejor que nadie. Si Mazarino hubiese mandado sentar en el banquillo de los acusados al procurador del rey en el Parlamento, éste habría podido decir cosas muy interesantes para justificarse. Cuando murió su colega, Fouquet quedó solo al frente de la superintendencia.

En otros tiempos y en otras circunstancias habría sido un buen ministro, quizás un gran ministro: «Se muy bien, decía en una carta dirigida al rey, que poco á poco las cosas podrán perfeccionarse;» y al expresarse así, se refería á la corrección de los abusos del régimen fiscal, á la igualación de los impuestos, á la disminución de los pechos, de los que estaban exentos casi todos los ricos, y al aumento del arriendo de las contribuciones indirectas que pagaba todo el mundo. En 1660, el canon de los arrendamientos aumentó en seis millones. Quería asimismo revisar las deudas del rey, reducir las rentas adquiridas con demasiada ventaja y recobrar los bienes y derechos enajenados á precios ridículos. Reorganizó el Consejo de comercio y ordenó á los intendentes que se pusieran al habla con las municipalidades y las corporaciones de mercaderes. Para ayudar á nuestra marina mercante á rehacerse, impuso un derecho de 50 sueldos por tonelada sobre los barcos extranjeros que entrasen en nuestros puertos. Preparábase para la lucha marítima contra Holanda é Inglaterra, reorganizaba compañías y reanudaba empresas abandonadas interesando personalmente en ellas. Armaba buques, compraba Sainte-Lucie, interesaba en la colonia de la Guadalupe y en la de Madagascar, enviaba á las «Islas paños y artículos de Francia y organizaba en Belle-Isle la pesca de la sardina.» Todo esto forma parte del programa de Colbert.

Pero además de todo esto, cuando tenía tiempo, en las horas robadas á los negocios, pensaba en sus caprichos de enamorado, en las conversaciones de literatos y artistas, en las emociones del juego, en el esplendor de las fiestas y en el amor, porque fué muy amado; y no lo fué sólo por la razón de que pocas mujeres se resistían al superintendente, sino porque era agradable y guapo y su mirada acariciaba con cierta perversidad.

Fouquet permitía á sus amigos llamarle «el Porvenir.» La sociedad de entonces parecía hecha ex profeso para ser gobernada por él; la gente financiera explotaba tranquilamente el reino y constituía un verdadero ejército: tesoreros, arrendatarios, «asociados, fiadores, participantes, unos titulares, otros en comisión,» y luego «sus comisionados, ambulantes y fijos, los exentos, guardias, arqueros, alguaciles y los empleados en las recaudaciones.» Los generales de este ejército preponderaban en París, pues el lujo ostentoso de estos millonarios, el grandioso aspecto de sus casas de la ciudad y de sus quintas, la belleza de sus parques, la dignidad de sus muebles, el esplendor de sus trajes y de sus joyas, en una palabra, toda esa gloria del oro maravillaba y corrompía á la nobleza y á la magistratura. «Los funcionarios de hacienda y los hombres de negocios, decía Omer Talón, con la facilidad de acumular inmensos bienes, de hacer gastos prodigiosos y de entrar en las

casas ilustres del reino, de una parte, y de otra la necesidad de los funcionarios togados y personas más calificadas de hacer los mismos gastos, corrompieron la castidad de las costumbres de estos últimos... y les indujeron á participar de sus negocios y luego de sus desórdenes y de su protección.» El verdadero régimen de Francia fué entonces la plutocracia, que parecía establecida para siempre sin asombro de nadie. El rey era un señor pobre en comparación con los grandes banqueros; con motivo de su boda hicieron para él cuantiosos gastos, y se dice que en una ocasión en que mostraba las preciosidades de su ajuar á sus cortesanos, uno de éstos exclamó: «Señor, no parece sino que es Monnerot (un banquero) quien se casa.» Cuéntase también que cuando la reina Cristina de Suecia vino á Francia, aconsejó á la reina madre, á quien veía apurada para acabar las construcciones comenzadas, que se hiciera dar la superintendencia.

Este régimen ruin se ataviaba con el esplendor de las fiestas. El cardenal, escribe el mariscal de Gramont, «gustaba de divertirse con un gran número de amigos escogidos; en su casa todo eran festines y francachelas (1) y nunca reinaron en la corte tanta alegría, galantería y opulencia como entonces.» Y mirando sólo la corte, podría creerse que la Francia de aquel tiempo sólo pensaba en divertirse; pero aquel período mazariniano está lleno de asombrosos contrastes.

III.—El jansenismo (2)

En efecto, vemos en este período un gobierno desdichado, y unos ejércitos y una diplomacia victoriosos,

(1) Véase, conde de Laborde, el *Palais de Mazarin*, París, 1846.

(2) FUENTES: las *Mémoires* de Godofredo Hermant, publicadas por A. Gazier, París, 1905, tomo I (en curso de publicación). Las *Mémoires* de Arnauld de Andilli (en la colección Michaud y Poujolat). La Rev. Madre María Angélica Arnauld, *Mémoires et relations sur ce qui s'est passé à Port-Royal des Champs, depuis le commencement de la Réforme jusqu'en 1638*, s. l., 1716. Las *Mémoires* del P. Rapin, publicadas por Aubineau, París, 1865, 3 vol. — *Lettres chrétiennes et spirituelles*, de Juan Duvergier de Hauranne, abad de Saint-Cyran, Lyon, 1679, 3 vol. — Antonio Arnauld, *De la fréquente communion, où les sentiments des Pères, des Papes et des Conciles touchant l'usage des sacrements de Pénitence et d'Eucharistie sont fidèlement exposés*, París, 1643. — Pascal, *Les Lettres provinciales ou lettres écrites à un provincial par un de ses amis et lettres aux Révérends Pères Jésuites sur le sujet de la morale et de la politique de ces Pères*, publicadas en París en 1656-1657. (Respecto de las ediciones ulteriores, véase F. Brunetiere, *Manuel de l'histoire de la littérature française*, París, 1899, página 165). *Lettres de la mère Agnès Arnauld*, publicadas por P. Faugere, París, 1858, 2 vol. El P. Rapin, *Histoire du Jansénisme, depuis son origine jusqu'en 1644*, publicada por el P. Domech, París, 1861. Racine, *Abregé de l'histoire de Port-Royal* en sus obras (Grandes escritores).

OBRAS DE CONSULTA: Dom Clemencet, *Histoire générale de Port-Royal depuis la réforme de l'abbaye jusqu'à son entière destruction*, Amsterdam, 1755-1757, 10 vol. *Vies intéressantes et édifiantes des Religieuses de Port-Royal et de plusieurs personnes qui leur sont attachées*, s. l., 1750-52, 4 vol. *Vies... des amis de Port-Royal*, Utrecht, 1751. *Nécrologe des plus célèbres défenseurs et confesseurs de la vérité des XVII^e et XVIII^e siècles* (por el P. Cerveau), s. l., 1760-68, 7 vol. E. Boutroux, *Pascal*, París, 1900. V. Giraud, *Pascal*, 3.^a ed., París, 1905. Varin, *La Vérité sur les Arnauld*, París, 1847, 2 vol. Sainte-Beuve, *Port-Royal*, 5.^a ed., París, 1888-1891, 7 vol. P. Fuzet (actualmente arzobispo de Ruán), *Les Jansénistes du XVII^e siècle, leur histoire et leur dernier historien*, M. Sainte-Beuve, París, 1877.

una obediencia absoluta después de una anarquía, los últimos esfuerzos de Corneille, dramaturgo de la voluntad triunfante, y las chocarrerías de Scarrón; la ampulosidad de las novelas imaginativas y la vulgaridad de la novela realista; un furor de epopeyas cortadas sobre el antiguo modelo y la injuria inferida á los antiguos con el *Virgile travesti* (Virgilio disfrazado); el *Traité des Passions* (Tratado de las Pasiones), en que Descartes subordina la naturaleza á la razón, y los derechos de la naturaleza reivindicados por Gassendi en el *Syntagma philosophiae Epicuri*; los esplendores de los banqueros y la miseria del Estado; la alegría y el desorden de la corte y de la capital y la crisis religiosa del jansenismo, este episodio de tanta gravedad en la vida moral de Francia.

Este episodio de la contrarreforma católica merece ser estudiado con gran atención.

Es indudable que el jansenismo produjo frutos muy distintos de los que se prometía: como la Reforma protestante, no quiso ser más que un acto de fe y una regresión á la antigüedad cristiana; pero como ella también trabajó sin querer por la filosofía y la libertad. El jansenismo separó de la escolástica la teología y la moral; secularizó casi la noción de la honradez y la vida religiosa; quebrantó por medio del ridículo la autoridad de la Sorbona y la del confesonario y del director de conciencia; y debilitó y fatigó la Iglesia en el momento en que ésta tenía que habérselas con temibles enemigos, la exégesis y la incredulidad. Y, sin embargo, creyó colaborar en la misma obra (1) que los reformadores San Vicente de Paúl, Olier y Berulle, y quería asimismo purificar la Iglesia de los escándalos, libertarla de la ignorancia en que la había sorprendido «la miserable Ginebra» y renovar y redoblar la fe. Sainte-Beuve, comparando los siglos XVI, XVII y XVIII, ha dicho con razón que la filosofía y la libertad se movieron á su gusto en el siglo XVI y que reaparecerán en el XVIII después que el XVII habrá intentado contenerlas por la firmeza de una doctrina. El sistema doctrinal, fuertemente unido al jansenismo, fué una barricada vigorosa levantada al través de un camino.

El jansenismo inició un gran debate y dió su parecer sobre las condiciones de la salvación, parecer contra el cual se formularon otros; y las sabias y violentas polémicas entre sus adversarios y él revelan la diversidad de los sentimientos religiosos y una diferencia profunda de conceptos de la vida cristiana. La curiosidad con que tales polémicas fueron acogidas y la pasión que las animó advierten al historiador que se encuentra ante un acontecimiento importantísimo á los ojos de los hombres de la época, para la mayoría de los cuales el principal problema era asegurar su salvación. Descuidar los asuntos religiosos del siglo XVII ó considerarlos mezquinos es no comprender, no sentir la historia de ese siglo; por lo demás, nadie negará que, aunque más difícil, es de mayor utilidad y elevación aprender á conocer á Pascal, por ejemplo, que estudiar caracteres de ministros, siquiera éstos se llamen Colbert ó Louvois. Por último, el jansenismo fué un escenario en donde el alma cristiana francesa representó hermosos dramas.

(1) Brunetiere, *Manuel de l'histoire de la Littérature française*, págs. 148-149.

Cometeríamos, pues, una injusticia con este episodio de nuestro pasado si le consagráramos menos atención que á los amores del rey de Francia; las dos sores Angélicas y sor Santa Eufemia son personajes de nuestra historia más importantes que la marquesa de Montespán.

La crisis jansenista inicióse con la publicación, en agosto de 1643, del tratado «De la Frecuente Comunión», cuyo autor, el sacerdote Antonio Arnauld, uno de los veinte hijos del abogado Arnauld que en tiempo de Enrique IV litigó contra los jesuitas, era el principal discípulo de Jansenio, obispo de Ipres, y de Duvergier de Hauranne, abad de Saint-Cyrán. Estos dos hombres habían buscado y creído encontrar de nuevo en la Sagrada Escritura y en los escritos de los Santos Padres, sobre todo de San Agustín, los principios de la fe y de la moral cristianas que, en su concepto, estaban olvidadas. Jansenio había escrito el *Augustinus*, ó «Doctrina de San Agustín sobre la salud, la enfermedad y la medicina del alma», que se publicó en Lovaina en 1640 y en París de 1641; y el abad de Saint-Cyrán había publicado varios escritos anónimos y creado con su palabra y con la dirección de algunas conciencias una especie de pequeña iglesia. Esta novedad alarmó á Richelieu y el abad en Saint-Cyrán, encerrado en el castillo de Vincennes, no salió de él hasta después de muerto el cardenal y falleció á las pocas semanas de haber aparecido el libro de Arnauld (2).

«La Frecuente», como se decía abreviando el título, es un tratado, no de teología, sino de moral, de una elocuencia algo continua, pero que no cansa, pues mantienen la atención del lector el buen orden de la exposición, la división en capítulos cortos, la belleza y el excelente método de las citas la Sagrada Escritura y de los Santos Padres y sobre todo la convicción que se adivina en el alma del autor. Todo el libro es una imprecación contra la religión de las clases altas y en él se califica de «lujuria perpetua» el uso inmoderado que éstas hacen de la comunión «de la santa carne», de la «carne divina», del «beso de la boca del Señor.» Arnauld recuerda á esos cristianos despreocupados el ejemplo de la Hemorrhóissa, que aunque ardía en deseos de curarse..., no se atrevió á presentarse á Jesús, limitándose á acercársele por detrás, y no osó tocarle y sí únicamente tocó su túnica y de ésta sólo los bordes; todo ello con tanta reverencia y respeto que aun después de haber recibido la recompensa de su fe, se arrojó á los pies del Señor temerosa y temblando, *timens ac tremens.*»

El libro de Arnauld hizo conocer el espíritu del jansenismo al pueblo que no había leído los tres tomos en folio del latín teológico del *Augustinus*.

«Ningún libro de devoción tuvo más consecuencias.» En efecto, fué muy leído y causó gran impresión en los hombres y en las mujeres que en los monasterios, en las familias burguesas, en el Parlamento, en la sociedad y en la corte misma no querían que Dios se satisficiera tan fácilmente y deseaban dificultades y severidades en la vida religiosa. El jansenismo parecía una cosa por muchos esperada, y cautivó, según dice Bossuet, que también se sintió cautivado, «á la flor de la escuela y de la juventud.» Pero inmediatamente surgió

(2) Véase el tomo III, pág. 804.

una inquietud que muy de prisa se propagó en la Iglesia.

En abril de 1642, el papa había condenado la doctrina del *Augustinus*, la que decía que el hombre no puede perderse si ha recibido la gracia, ni salvarse si no la ha recibido, y que la gracia es un puro don de Dios otorgado por él á su guisa soberana. Esta doctrina, al privarnos de la libertad, nos priva también del mérito y del desmérito de nuestros actos, y en ella la justicia divina está en contradicción con la humana; pero es una doctrina eminentemente religiosa porque prosterna al hombre ante la voluntad no razonable de Dios, y es perfectamente cristiana puesto que sólo á Jesucristo y á sus méritos de crucificado atribuye el poder de salvar las almas predestinadas por el pecado original á las caídas de la concupiscencia.

Esta doctrina era tan antigua como el Cristianismo; San Pablo la había predicado y San Agustín la había sostenido contra Pelagio, que en el siglo V defendió la causa de la libertad humana: «¿Sabéis, escribía San Agustín, á qué tiende esta disputa? A hacer creer que se ha dicho en vano: Tú le llamarás con el nombre de Jesús y él será el Salvador.» En efecto, si el hombre es capaz de salvarse á sí mismo, ¿de qué sirvieron la venida y la muerte de Dios? La discusión prosiguió durante los siglos de la Edad media y la escolástica osciló entre los dos términos de la antinomia, la omnipotencia de Dios y la libertad humana, pero inclinándose más bien á la libertad. La Reforma, en cambio, se dejó caer por completo del lado de Dios, y pasando por encima de la escolástica ergotista é infestada de filosofía, remontóse hasta San Pablo y negó rotundamente la libertad.

Fué, pues, preciso que la Iglesia católica, en el momento en que concentró su doctrina y su fuerza delante del enemigo, estudiara de nuevo el difícil problema. El concilio de Trento lo resolvió por medio de un doble anatema:

«Si alguno afirma que un hombre por sus solas obras, realizadas por las fuerzas de la naturaleza humana y sin la gracia de Dios, puede ser ante Dios justificado, sea anatema.

»Si alguno afirma que el libre arbitrio del hombre, después del pecado de Adán, se perdió y se extinguió, que es una palabra sin realidad, una ficción introducida por Satanás en la Iglesia, sea anatema.»

Apenas pronunciada por el concilio la sentencia, el teólogo flamenco Baius enseñaba la impotencia del hombre para labrar su salvación, y el jesuita Lessius, por el contrario, «exageraba el poder del hombre en detrimento de la Gracia.» Uno y otro fueron condenados, el segundo en 1587 por una censura de la facultad de Teología de Lovaina, que será todavía objeto de discusión cien años después. En 1588, el jesuita español Molina exageró la tesis de Lessius hasta el punto de decir que la gracia sólo puede ser eficaz si la acepta aquel á quien le es ofrecida. Para refutar esta opinión que, en su concepto, destruía todo el cristianismo, se abismó Jansenio durante algunos años en el estudio de San Agustín.

La doctrina de Jansenio engendró naturalmente una moral dura; el jansenismo no tuvo consideración alguna con la naturaleza. Saint-Cyrán no gustaba «de las

flores de la primavera,» las cuales le desagradaban porque «se pasan demasiado pronto y, en su mayoría, se pierden sin dar frutos, y prefería el final del otoño, aunque sólo se vean en los árboles hojas secas y marchitas.» Tampoco le gustaba la poesía, y un día advirtió á unos estudiantes que leían Virgilio, que este poeta se había condenado, «sí, condenado, haciendo aquellos hermosos versos porque los había hecho por vanidad y por agrandar á la gente.» Despreciaba las curiosidades de la ciencia y comparaba la dignidad doctoral con la mujer hermosa por quien fueron seducidos los dos viejos: «Nada hay tan peligroso como saber, decía, y la sentencia del Hijo de Dios es espantosa: *Abcondisti haec a sapientibus.* Ocultaste estas cosas á los sabios.»

El jansenismo predicaba el miedo á Dios, no permitía al cristianismo creer que pudiera encontrar en el cielo intercesores tolerantes; y colocaba á la Virgen tan alta y tan lejos, que parecía inaccesible: «La grandeza de la Virgen es terrible, y para reverenciarla basta saber que es el jefe del ángel. Ascendiendo desde las criaturas hasta Dios, por encima de todas ellas encontráis á la Virgen; y descendiendo desde Dios á las criaturas, la encontráis después del Espíritu Santo.» Saint-Cyrán no consentía en la oración cristiana la expansión de la sensibilidad humana: «No quiero, dice dirigiéndose á una religiosa, dolor que se difunda á los sentidos; tened cuidado con vuestras lágrimas. No quiero carantoñas, ni suspiros, ni gestos, sino un silencio de espíritu que suprima todo movimiento.»

La grandeza del sacerdocio parecía á los jansenistas casi perfecta en el simple presbítero y completa en el obispo, sucesor de los apóstoles, inspirado directamente por el Espíritu Santo y vicario de Jesucristo entre las fronteras de su diócesis; y aunque reconocían «la dignidad suprema de la sede apostólica,» no encontraban en la «Antigüedad,» es decir, en los tiempos de la primitiva Iglesia, la secularidad, que reprobaban, de la Iglesia romana. Por lo demás, los papas, si bien evitaban prudentemente intervenir en la inextricable controversia, dejaban ver sus preferencias por los adversarios de la doctrina agustiniana; y esta era otra razón para que los jansenistas no quisieran á los romanos. Saint-Cyrán, al saber que Richelieu se disponía á pedir severidades contra el *Augustinus*, había dicho: «Si hace esto, nosotros le haremos ver otra cosa. Aunque el rey y el papa se unieran para destruir este libro, no lo conseguirían.»

Finalmente, Saint-Cyrán enseñaba que la unión del espíritu es lo que hace al cristiano y al obispo, y no el agua del bautismo ó el óleo de la consagración. El cristiano que ilumina su pensamiento, decía, «con la luz directa de la fe,» lee «en el espejo mismo de la Gloria;» pero si en él descubre que Roma se ha equivocado en sus juicios, ¿habrá de someterse ó de rebelarse? A esta pregunta responderá Pascal:

«Después que Roma haya hablado y se crea que condena la verdad, y que han escrito y que los libros que han dicho lo contrario hayan sido censurados, es menester gritar tanto más alto cuanto más injustamente se haya sido censurado y cuanto más violentamente se quiera ahogar la palabra, hasta que venga un papa que escuche á las dos partes y que consulte la antigüedad

para hacer justicia... Si mis cartas son condenadas en Roma, lo que yo condeno en ellas está condenado en el cielo. *Ad tuum, Domine Jesu, tribunal appello.*»

Todo esto, la doctrina sobre la gracia, los rigores contra toda la naturaleza, la dureza para con las debilidades, el respeto mediocre de la jerarquía y aun de la doctrina de los católicos, la casi indiferencia hacia los sacramentos del bautismo y del orden, la apelación al papa mejor informado, la apelación directa á Jesús, todo esto lo había combatido la Iglesia en los reformadores y en los místicos. Reconocía la Iglesia el pesimismo de la Reforma, una especie de placer sombrío en celebrar la corrupción original y la impotencia del hombre y la abrupta altura de Dios; se alarmaba al ver reproducirse la disputa sobre la libertad, sabiendo perfectamente que en ella el pro y el contra lucharían hasta el fin de los tiempos, sin que el uno pudiese ser vencido por el otro, y que la interminable contienda debilitaba á la Iglesia en una época en que tanta necesidad tenía de toda su fuerza para combatir á los libertinos y á los hugonotes, y veía los efectos producidos por la doctrina jansenista en la masa de los fieles, de los cuales unos dejaban de esperar ante el misterio de la predestinación, y otros se resignaban en vista de la inutilidad de la virtud, y para estar seguros de no abusar del sacramento, no usaban de él. Las disputas entre los doctores y gentes de Iglesia regocijaban á los libertinos. En una carta de la época se lee: «Entre los mundanos han introducido gran desorden esas proposiciones sobre la gracia, que dicen: «¡Bah! ¿Qué importa lo que se hace, puesto que si tenemos la gracia nos salvamos y si no la tenemos nos perderemos?» Y luego acaban por decir: «Todo esto son paparruchas. Mirad como se estrangulan unos á otros. Los unos sostienen una cosa y los otros otra.» Antes de que existieran estas cuestiones, cuando llegaban las Pascuas, hallábanse asombrados como fundidores de campanas, no sabiendo dónde meterse y teniendo escrúpulos; ahora están de buen humor y no piensan en confesarse, diciendo: «Lo que está escrito, escrito está.»

Finalmente algunos, siguiendo la pendiente, iban á parar al calvinismo. Un libelo situaba la región de Jansenio lindando con la Calvinia, la Desesperie y la Libertinia; un jesuita definía el jansenismo un «calvinismo hervido de nuevo;» y un ministro reformado, Samuel Desmarts, dirigió una especie de saludo fraternal á los jansenistas, quienes, dicho sea en honor de la verdad, se negaron á devolvérselo.

La mayoría de los agustinianos no eran gente á propósito para calmar los temores con precauciones y suavidades. Ciertamente, Vicente de Paúl estaba dispuesto á escuchar las más duras palabras jansenistas sobre las fealdades de la naturaleza caída, aborreciendo como aborrecía la maldad de los instintos que sentía dentro de sí; pero prefería confiar en la bondad de Dios que espantarse de su grandeza. Pensaba, como Francisco de Sales, que vale más «hacer buen uso de la gracia que hacerla servir para disputas siempre funestas á la caridad.» Nadie mejor que él conocía las miserias y los vicios de la Iglesia y diariamente y de todos los ámbitos del reino recibía inverosímiles confidencias acerca de unas y otros; pero cuando Saint-Cyrán le declaró «que ya no hay Iglesia, desde hace quinientos ó seiscientos

años,» y que «lo que queda de Iglesia no es más que cieno,» se sintió escandalizado. Por otra parte, existía el convencimiento de que aquellos hombres no decían todo lo que pensaban. Jansenio y Saint-Cyrán no eran de esos apóstoles que se ponen delante de la muchedumbre para hablar en alta voz, ni tenían la pasión de moverse y de enseñar á las naciones, sino que eran unos misteriosos. Jansenio tuvo la precaución de no publicar su *Augustinus* en vida, pues no «quería pasar su existencia en la perturbación;» y Saint-Cyrán, cuyos escritos, en su mayoría oscuros y extravagantes, se publican sin nombre, no se espontaneaba enteramente más que en la intimidad de la correspondencia y del diálogo y para una y otro no quería sino almas escogidas. Si creía que Dios le ordenaba ó le permitía dirigir un alma; si se sentía «dispuesto» ú «obligado» á encargarse de esta dirección, preguntaba á aquella privilegiada: «¿Qué deseáis? Mi misión es curaros, mostraros vuestras llagas.» No se sentía á gusto más que entre amigos y en sitio cerrado: «He aquí seis pies de tierra, decía (estaban en la habitación de un discípulo), en donde no se teme al canciller ni á nadie. No hay poder que pueda impedirnos hablar de la verdad como ella se merece.» Y reconocía que en otra habitación hablaría de distinto modo. Esta discreción preocupaba á muchos que sospechaban en el jansenismo audacias no confesadas.

Circunstancias especiales hicieron que esta doctrina, en vez de permanecer, por decirlo así, en un estado difuso, encontrara un foco desde el cual irradió, con lo cual se hizo más visible y temible, pero al mismo tiempo se ofreció como blanco á los adversarios que supieron dónde era preciso dar. El foco fué el monasterio de Port-Royal, fundado á principios del siglo XIII, cerca de Chevreuse, en la comarca de Porrois, y cuyo nombre, traducido del latín, Portus Regius, fué Port-Royal. En aquel monasterio casi se habían olvidado, como en la mayoría de los demás, las reglas de la vida religiosa, y reinaba el mayor desorden á fines del siglo XVI, cuando fué nombrada coadjutora de la abadesa una niña de siete años, Jacobita María Arnauld (1).

Jacobita María era hermana del autor de la «Frecuente Comunión.» Su padre, Antonio Arnauld (Antonio I), hombre hábil, devoto y considerado en la corte, confió la educación de la niña á Angélica de Estrées, abadesa de Maubuisson, que no tenía otros títulos para tal dignidad, y bien lo demostró, que ser hermana de la hermosa Gabriela. De ella tomó el nombre de Angélica Jacobita María cuando recibió el sacramento de la Confirmación. Muerta en 1602 la abadesa de Port-Royal, sucedióle la coadjutora, pero para conseguir en Roma la bula de institución fué preciso mentir al papa, haciéndole creer que aquella niña de diez años y medio tenía diez y siete. Estos comienzos no hacían prever el porvenir austero de Angélica Arnauld.

La pequeña abadesa se aburrió en el convento y á la edad de quince años sintióse desasosegada y pensó en irse muy lejos, á La Rochela, al lado de unas tías hugonotas. Digamos de paso que su abuelo materno había sido calvinista hasta la Noche de San Bartolomé. Angélica, para ocupar su espíritu inquieto, dedicóse á la

(1) Véase el tomo III, pág. 731.

lectura y leyó la historia romana y Plutarco, tan admirado en aquel entonces y bajo cuya influencia muchas almas llegaron á una especie de estado heroico que en algunas fué sincero. Cayó enferma y su padre fué á buscarla; entonces volvió á ver el mundo y por un momento éste la sedujo, como lo prueba el hecho de que secretamente se encargara un corsé; pero su padre, al verla curada, presentóle un papel y la obligó á firmarlo: era la renovación de sus votos. Volvió, pues, á Port-Royal, en donde comenzó á volverse piadosa y á leer libros de devoción. Un día oyó á un capuchino vagabundo y mal sujeto por añadidura, al que se había dado asilo de noche en el monasterio, predicar las humillaciones del Hijo de Dios y se sintió conmovida en lo más hondo de su corazón. Aquella fué «el alba que ha ido creciendo en ella constantemente hasta llegar al mediodía;» esto no obstante, persistió la obscuridad, de la que procuraba apartarse por medio de austeridades, durmiendo sobre el duro suelo y quemando sus brazos con cera ardiente. De nuevo enfermó y fué á pasar el otoño de 1608 en el castillo paterno, mas ya no pensó en quedarse allí; estaba resignada ó resuelta.

Entonces se vió claramente que Angélica Arnauld, ya que había de ser abadesa, no sería una abadesa como otra cualquiera. El día de Todos los Santos conmovióla un sermón predicado sobre el texto: «Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia.» Y habiéndole dicho una religiosa: «Señora, si queréis, seréis de los que padecen persecución por la justicia,» se propuso, para encontrar los sufrimientos, volver el convento á la severidad de la regla original. Las religiosas se resistieron, y Angélica vióse de nuevo acometida por la fiebre, cediendo entonces las rebeldes, en parte por afecto hacia ella porque en medio de todo querían á aquella joven singular. La madre Angélica, sin embargo, encontrábase aún en ese estado incierto que seguramente han atravesado muchos religiosos y que una de sus hermanas definió como un vacío del alma que habiendo renunciado á las cosas del mundo y no viéndose todavía «consolada por Dios,» está «entre cielo y tierra.» Quiso darse completamente á Dios y abandonar á su padre y á su madre para seguirle, según El ha ordenado, pues hasta entonces no se había desprendido propiamente de su familia á la que iba á ver á menudo y cuyas visitas recibía. Su padre intervenía en los asuntos del convento, ayudaba con su dinero á Port-Royal, que era pobre, y con su autoridad patriarcal vigilaba y dirigía á la abadesa. Un día del mes de septiembre de 1609, llegó á Port-Royal el señor Arnauld con intento de ver, como de costumbre, á su hija; pero la madre Angélica había restablecido las reglas de clausura y decidido que nadie entrara en los lugares en ésta comprendidos. La abadesa recibió á su padre en el postigo de la puerta, y habiéndole él ordenado que abriese, Angélica se negó y cayó desmayada.

Había salido vencedora en aquella «jornada del Postigo.» Llevóse á cabo la reforma del monasterio y la abadesa y algunas de sus hermanas fueron destinadas á reformar varias casas, entre ellas la de Maubuisson, en donde Angélica de Estrées había vivido de un modo tan inconveniente, que había sido preciso interdecirla y llevarla á las Arrepentidas. Angélica Arnauld purificó la casa; pero la otra Angélica se presentó un día acompa-

ñada de una escolta de jóvenes hidalgos, amigos suyos, los cuales intimaron á la abadesa, poniéndole una pistola en el pecho, á que se retirara; y habiéndose negado á ello, fué expulsada del convento. Algunos habitantes de Maubuisson, que la vieron pasar juntas las manos y bajado el velo, la recogieron. El Parlamento publicó en seguida un decreto; Angélica de Estrées huyó y Angélica Arnauld regresó al convento, implantó la reforma y en 1623 volvióse á Port-Royal.

Durante su permanencia en Maubuisson, había traído conocimiento con Francisco de Sales que la amó con amor espiritual y á quien «comunicó su conciencia» porque «Dios estaba en él verdadera y visiblemente.» Pero sus confesiones alarmaron al bondadoso é inteligente apóstol, pues aunque no conocía aún ni á Saint-Cyrán ni el jansenismo, que apenas estaba en sus comienzos, un secreto instinto la disponía á recibir esta doctrina. Francisco de Sales la encontraba demasiado severa consigo misma: «No os recarguéis de vigiliias y austeridades, le escribía; id al Puerto Real (Port-Royal) de la vida religiosa por el camino real de dilección de Dios y del prójimo, de la humildad y de la bondad;» severa con los demás: «Tened mucho cuidado, queridísima hija mía, con estas palabras de tonto y tonta, y acordaos de la palabra de Nuestro Señor: «Quien dirá á su hermano Raca...;» precipitada en sus deseos y ambiciones de reformas: «Los cerezos producen pronto sus frutos, porque sus frutos no son más que cerezas de poca duración; en cambio las palmeras, príncipes de los árboles, no producen sus dátiles, según dicen, hasta cien años después de haber sido plantadas;» exigente respecto de las condiciones de la piedad: vale «más no tomar pescados tan grandes y tomar mayor número;» algo altanera: «Animad continuamente vuestro valor de humildad;» inquieta: «Vuestra alma está de continuo agitada por los vientos y las pasiones... siempre en movimiento... Acostumbraos á hablar un poco con toda moderación, á ir, quiero decir, á andar con moderación y á hacer todo lo que podáis suavemente, con moderación;» culpabilista: «No cuidéis de construir bien vuestras cartas para enviármelas, porque no busco los edificios hermosos ni el lenguaje de los ángeles, sino los nidos de palomas y el lenguaje de la dilección;» excitada por el amor propio: «Veo claramente ese hormiguero de inclinaciones que el amor propio alimenta y arroja á vuestro corazón y sé muy bien que contribuye á ello la condición de vuestro espíritu, sutil, delicado y fértil;» triste y atormentada: «Alegraos siempre en Nuestro Señor; os digo nuevamente: «Alegraos y que vuestra modestia sea conocida de todos los hombres (1).»

Francisco de Sales, el director delicioso, murió en 1622, y al año siguiente Angélica empezó á conocer á Saint-Cyrán. En 1634 el abad se encargó de la dirección espiritual de la comunidad que ocho años antes había sido trasladada á París, al arrabal Saint-Jacques, porque á las religiosas les perjudicaba la humedad del fondo de su valle. Al lugar solitario por ellas abandonado retiráronse algunos hombres que huían del mundo y querían vivir juntos en la oración, en la contemplación y en el

(1) Sobre esta correspondencia de Francisco de Sales y la madre Angélica, véase P. Fuset, *Les Jansenistes...*, pág. 28-32.